

EINSTEIN.

Francisco Javier Marín



Capítulo 1

EINSTEIN.

Aquella vez, en que Albert volvió a tener razón, te transformaste en nebulosa distante. Se propició la luz y desde entonces cayó la luminiscencia sobre nosotros. Confirió un halo a las personas que somos ante tu vista; si bien, es cierto que ese destello nos aproxima, no podemos evitar que en cada roce retrocedamos de modo inexorable, a un mismo olvido compartido.

NO SABIENDO...

Hoy, temprano, casi amaneciendo, hice verso y prosa a la novia que me inspira; en honor a cierta imagen que de ella retengo en la memoria, se acumulan sentimientos de vacío.

En idea perenne, hay suicidio de recuerdos en figuras deformadas de su cuerpo, cual cristal hecho añicos, y en expresiones vivas, dirigidas con locura hacia mi persona, no impiden amarla hasta dónde ella lo concibe.

Un amargo sabor, salobre y certero, predomina en mi boca y mientras eso ocurre, establezco diferencias narrativas del craso error enamorado que transfiere sus aullidos y estertores, bien queriendo ya la muerte y poner término infeliz a este noviazgo perturbado.

Una súbita y subliminal poesía hace gala de lo que en ella pervivía; una propia ironía dedicada en palabras y otras necias construcciones de gramáticas gastadas me incitan a paliar su ruin memoria; y, con rechazo de su madre, hago sopa de mi amada y la sirvo bien caliente, cual pozole de septiembre.

¿Degustarías con nosotros un primer plato bien copado...?

ORIENTANDO EL HORIZONTE.

Con brújula incomparable, atisbo la luz y advierto la separación de su cota de oscuridad; un resplandor omite la opacidad de la memoria, y, así, ayunta el caos del principio enamorado.

Me sirvo en envoltorios de sepulcro y la conciencia adictiva del momento sólo sueña su molicie en tal amor fugado, intentando recuperar a este ser amado; a esa novia inverosímil que se afiebra y se quiebra en mis sueños atrevidos.

A menor descuido de nosotros, un ceñirse las espadas y, en momentos más propicios, destrozar espaldas; ya dejando restos de otros ciertos

pretendientes se envuelve esta guerra del amor con consecuencias.

Mi recelo o mi pretexto es servirme, en primero y, antes cauto, desatar la furia del instinto, para así arrebatarse certero nuevas y subsecuentes tristes vidas, en profundos tajos y pacer en solar al desmembrar los galanes cuerpos.

Ante tal silencio y en presencia suya, sólo otorgo lo que calla mi memoria; lo que anida en mi pecho para liberarla de sus infortunios enamoradizos, hechos trizas y tiritas con qué adornar nuevos vestidos y hacer lucir tan admirable cuerpo.

¿Es amor de enamorado o locura de otro mundo, lo que hago y deshago en su memoria?